

ALFAGUARA

Manuel Rivas  
El periodismo es un cuento

eBook

*A Luis Pita,  
que me enseñó el oficio en la redacción  
y en el bar del puerto.*

—*Warum?* —le pregunté en mi pobre alemán.

—*Hier ist kein warum* («aquí no hay ningún porqué»),  
me ha contestado, echándome dentro de un empujón.

*Si esto es un hombre, PRIMO LEVI*

## LAS PREGUNTAS

### I

Gracias a los organizadores por haberme invitado  
a este simposio sobre la crisis de las vanguardias.  
Señoras y señores:  
Decía Allan Poe que la ametralladora...  
En esa fase del armamento,  
se podía ser simbolista, futurista, dadaísta, surrealista,  
constructivista e incluso optimista,  
aunque ya Vladimir Maiakovski devolvió el uniforme  
al cabo furriel,  
eso sí, sin la gorra con la estrella roja de la esperanza  
que le sirvió de blanco  
en la garita del adiós.  
El imaginario de los estorninos cambió con Gernika.  
Hasta entonces volaban en bandada instintiva,  
dibujando con gracia un sueño protector  
de poderosa ave  
que espantase lo real.  
Poco después comenzó a producción industrial  
de la muerte.  
Gunther Anders recuerda el aspecto inofensivo  
de los recipientes de Ciclón-B en Auschwitz.  
También recuerda que había hecho el ridículo en Francia,  
con gente culta,  
cuando auguró que aquel payaso, Hitler,  
iba a traer un horror nunca visto.  
Con la obligación moral de odiar,  
Anders se había convertido,  
son sus propias palabras,  
en un hombre sombrío,  
un bicho raro,  
pero pudo escribir un libro de denuncia.  
En Nueva Inglaterra,  
en algún lugar de Mount Washington,  
Gunther Anders  
se sentó al pie de un nogal  
con un cuaderno en la mano.  
No descubrió la ley de la gravedad  
pero sí una pregunta  
que ahora les traslado:  
¿Por qué?

## II

*Los hombres que ascendieron al Everest  
reaccionaron de diversa manera,  
pero casi todos dieron gracias a Dios,  
clavaron en la cumbre la bandera de su país  
y se fotografiaron con la sonrisa algo congelada.  
Si hubiera allí la puerta de un retrete  
tendríamos mensajes más espontáneos,  
del tipo Aquí llueve, aquí nieva  
y el que puede se la menea.  
O también: Desde lo más alto,  
Dios,  
no se ve nada.*

## y III

*Esa mala película, Independence day, movía a risa  
porque los invasores eran monstruos,  
una especie de encabronada de pulpos de Walt Disney  
picados de viruela.  
El miedo, el miedo de verdad,  
surge cuando los extraterrestres son hombres  
inteligentes  
que se descubren porque no tienen lágrimas  
y no aprecian los sabores amargos  
como el vino.  
Dentro de cinco mil millones de años,  
el sol será una de esas estrellas marchitas  
que llaman gigantes rojas,  
vomitará un demonio  
y la tierra, dicen, estallará como una bola de Navidad.  
En algún lugar,  
un invasor con lágrimas  
tomará vino algo ácido  
y preguntará quién es al culo de su vaso.*

MANUEL RIVAS

## *La educación sentimental de un periodista*

La luz es muy tenue pero estoy viendo a mi madre. En la cocina no hay lámpara. Una bombilla cuelga pelada, como un fruto paso y fosforescente. Vuelvo de buscar la zapatillas de mi padre debajo de la cama matrimonial. Una noche de invierno. El viento del norte aúlla en el tejado de uralita. El agua de la lluvia gorgotea en las juntas, como el mar en los trancañiles de un barco. Mi padre es albañil. Ha llegado empapado de la intemperie del trabajo. En el suelo, los zapatos parecen dos extraños seres exhaustos, escurriendo el lodo de una vida perra.

Mi madre me mira con un destello húmedo y, de repente, me dice: «Cuando seas mayor, busca un trabajo donde no te mojes».

Pensé que el de escritor podía ser uno de esos trabajos. Por supuesto, me equivoqué. El destino de mi linaje es mojarse.

Digo escritor y no periodista a sabiendas. Para mí siempre fueron el mismo oficio. El periodista es un escritor. Trabaja con palabras. Busca comunicar una historia y lo hace con una voluntad de estilo. La realidad y parte de mis colegas se empeñan en desmentirme. Pero sigo creyendo lo mismo.

De mi primera experiencia «periodística» salí ya muy mojado. Fue en el instituto de Monelos, en un barrio de Coruña. Ese centro inauguró la enseñanza mixta en Galicia. De los colegios privados venían a vernos salir juntos a chicos y chicas. Era también un instituto especialmente rebelde. Conseguimos autorización para una revista a ciclostil. Cuando el primer número cayó en manos de la dirección, la prohibieron de inmediato. Para protegernos, insinuó el di-

rector: «Hay verdades que no se pueden decir». Fue una lección inolvidable. De ahí en adelante supimos que había que optar entre el rey poder y la reina libertad. Decidimos hacernos *clandestinos*.

En ese tiempo, vi llorar a mi hermana María delante de un periódico, *La voz de Galicia*. Traía la noticia del golpe militar de Pinochet que derrocó a Salvador Allende. Recuerdo que las páginas de internacional de este periódico, dirigido entonces por Francisco Pillado, eran muy buenas. Un espacio de libertad. Mi hermana es muy importante en esta historia. Ella, que ya no está aquí, era en realidad la escritora. De chiquilla, las viejas del barrio la subían a una mesa para que les leyera el periódico, especialmente las páginas de sucesos y las esquelas. La premiaban con frutas y unos tofes muy ricos que llamaban *La vaca vieja*. Yo le tenía envidia. Por eso traté de aprender a leer cuanto antes.

Mi primer trabajo propiamente dicho fue en *El Ideal Gallego*, que en aquel tiempo empezaba a ser también una isla de libertad. Todavía estaba en el instituto y mis posibilidades de estudiar periodismo eran muy remotas. Sólo había facultades en Madrid y Barcelona. Antonio López Mariño, un joven periodista de espíritu anarquista, que firmaba con las iniciales P. Q. F. (Para Qué Firmar), me animó a presentarme en la redacción. Y lo hice con la única credencial de mi libro de notas escolares y unos poemas escritos en gallego. Tenía entonces quince años. Por supuesto, no me recibió el director y aquellos amuletos quedaron en la mesa de una secretaria tan amable como sorprendida. Pero el de verdad sorprendido fui yo cuando al día siguiente me hicieron pasar a un despacho de sillones de cuero, donde colgaba la foto del Papa. Bueno, por lo menos no estaba Franco. *El Ideal Gallego* pertenecía a la rancia Editorial Católica, pero en aquella época, dirigido por Rafael González, era un medio vanguardista. El público reaccionario lo desayunaba como una sopa de ortigas. González, de origen sevillano, era un demócrata. Y un hombre de afectos espontáneos.

Fue mi caso. Aceptó que me acercase por la redacción como *meritorio*. Ya no salí de allí. Aquélla fue mi verdadera universidad. Gente como Antonio, mi querido Toño, PQF, la nacionalista Margarita Ledo, Gabriel Plaza, y dos maestros del periodismo y del compromiso vital, José Antonio Gaciño y Luis Pita. Fue Pita quien, en una investigación seriada que se leyó como un *thriller*, consiguió algo impensable en aquel tiempo. El cese del jefe superior de Policía. En la zona portuaria, un perro pastor alemán había mordido seriamente a una transeúnte. El propietario del animal lo llamó por su nombre y huyó sin atender a la herida. El dueño resultó ser el jefe de Policía. En aquellas circunstancias, lo que hizo Luis Pita tenía más valor que el *Watergate*. En 1975, antes de la muerte de Franco, fui testigo desde la ventana del periódico de una manifestación de ultraderechistas que pedían la cabeza de Pita y Gaciño. Por cierto, Gaciño sería detenido. El gobernador lo acusó de ser ¡el secretario general del Partido Comunista de Galicia!

En la redacción estaba también un veterano, Javier Guimaraens, un periodista de visera y manguitos, que me enseñó a titular con menos de diez palabras. Y luego todo aquel mundo fascinante de los talleres, con su olor al plomo de las linotipias. Estoy viendo, como una estampa de mina de palabras, a los linotipistas con sus botellas de leche al lado de la máquina.

Tengo delante una cuartilla con un texto apenas legible. Es una «crónica» del corresponsal de Boiro, *Enmuce*. Este hombre enviaba el mismo texto para todos los periódicos gallegos. Utilizaba papel de calco. Si tenías la suerte de que a tus manos llegase una de las primeras hojas, no había mayor problema. Pero cuando llegaba una de las últimas, aquello se convertía en un calvario. Guimaraens pone en mis manos la cuartilla. Transcribe esto, me dice. Sólo consigo descifrar tres o cuatro palabras: «Labrador... patata gigante». Sin decir nada, reconstruyo, invento, la crónica. Cuento el hallazgo en Boiro por un labrador de una patata



gigante de cinco kilos con forma de nave extraterrestre. *Enmuce* fue felicitado. En silencio, la crónica resplandeciendo a tres columnas, lo vivo como un triunfo.

Otra escena. En la facultad de Ciencias de la Información de Madrid. Presento un ejercicio. El profesor me regaña: «Esto no es periodismo, ¡esto es literatura!». Otra lección invertida. Yo ya sabía que tenía razón. Que nunca, nunca, le haría caso.

Hay un gran equívoco. Un problema de ignorancia. Periodistas que confunden la literatura con el retoricismo, escritores, literatos, que confunden el periodismo con la banalidad y que, como Kierkegaard se apuntarían los primeros a un pelotón de fusilamiento para quitar del medio a los *chicos* de la prensa.

Lo que nunca olvidaremos de los periódicos, o de la radio y la televisión, es lo que tienen de literatura. Un empresario de la comunicación decía cínicamente que un periódico es un anuncio rodeado de noticias. Pero un pie de foto, como los que escribía Álvaro Cunqueiro en el *Faro de Vigo*, puede llegar a justificar una tirada. Al fin y al cabo, uno de los placeres de la civilización contemporánea es el que anticipaba el señor Bloom en el *Ulises* de Joyce. La huida al retrete con el periódico bajo el brazo.

Al escritor que es periodista se le supone una tumultuosa querella interna, como si trabajara con partes distintas del cerebro para escribir un reportaje o un cuento. Se supone también con frecuencia que la disposición mental es distinta cuando uno afronta una novela, una obra de *arte*, o un relato periodístico, que vendría a ser una *artesanía* menor. Me han preguntado muchas veces cómo llevo esa esquizofrenia. No tengo conciencia de esa fractura y por lo tanto me merezco el desprecio de algunos críticos y escritores *puros* que me sitúan en el purgatorio de la literatura. Vivo cualquier suceso con la perplejidad de un extraterrestre. Creo que el hecho más irrelevante puede esconder una *piedra de toque*, el comienzo de un asunto interesante.

Prefiero seguir a un campesino en burro que a la comitiva motorizada de Manuel Fraga, pero si es Fraga quien va en burro procuraré estar a la altura de las circunstancias.

¿Y qué hay de la diferencia entre ficción y realidad? Esto no es un tratado, así que no me voy a poner pelma. El periodismo tiene unas exigencias, a las que no está sometida la literatura. Los protagonistas de una noticia deben figurar en el registro civil. En un relato literario, no. Pero ¿son por ello menos reales Don Quijote o Emma Bovary? El hombre ha llegado a la luna, pero un escritor llegó antes sin moverse de su buhardilla en París. Exigencias de comprobación aparte, la historia del periodismo está llena de mentiras que a veces duran cuarenta años.

Cuando tienen valor, el periodismo y la literatura sirven para el descubrimiento de la *otra verdad*, del *lado oculto*, a partir del hilo de un suceso. Para el escritor periodista o el periodista escritor la imaginación y la voluntad de estilo son las alas que dan vuelo a ese valor. Sea un titular que es un poema, un reportaje que es un cuento, o una columna que es un fulgurante ensayo filosófico. Ése es el futuro. Paradójicamente, muchos «profesores» siguen cortando alas, matando el escritor que debe anidar en cada periodista. La literatura, la metáfora, la mirada personal, es hermana de la precisión, como la verdad histórica es hermana de una cámara como la de Walker Evans o Sebastião Salgado. Por eso es inolvidable la literatura periodística de gentes tan dispares como John Reed, Gunter Walraff, Hunter S. Thompson, Corpus Barga, Manu Leguineche o Alfonso Armada.

Creo, como García Márquez, que éste es el oficio más hermoso del mundo. También, con el maestro Luis Pita, sabio y escéptico en su *exilio*, que el periodismo es un asco, donde abundan mercenarios que no creen en su oficio ni en el valor de la palabra. Los dos tienen razón. Que la diosa libertad me proteja para no traicionarlos.

Los trabajos que figuran en esta antología fueron publicados en su día en el diario *El País*, la mayoría de ellos en los cuatro últimos años, en las páginas dominicales y en forma de reportajes. Hay tres crónicas de *Cultura*, las dedicadas a Joyce y a Valle-Inclán, que ahora recupero más que nada por devoción a un íntimo santoral. Otros reportajes, los titulados «Muertos bajo los manzanos», «El elefante Yumbo» y «Miguel», fueron escritos en 1983, en mi época de corresponsal en Galicia para el mismo diario, así como el más largo «Costa da Morte», de 1986, que tienen para mí un valor añadido, sentimental, difícil de explicar. El reportaje sobre Miguel Indurain, «Dios sentado en un sillín negro», fue publicado en 1996, en vísperas del que sería su último Tour. No resultó profético, pero es que Dios es así de imprevisible. Los artículos largos aparecieron en las páginas de *Opinión* y los más breves en *Tentaciones* y en la columna de la última página.

De las preguntas clásicas a las que debe dar respuesta un trabajo periodístico, hay una, *por qué*, que se mantiene como una obsesión desde los tiempos de la educación sentimental. Quizá es esa perplejidad ante el mundo y la búsqueda de los *porqués* el verdadero nexo entre literatura y periodismo.

MANUEL RIVAS

## La triste historia de Eva

Al principio, Eva rehuía el espejo. Miraba a la otra, a su imagen, como a una extraña y se alejaba con inquietud. Pero, poco a poco, fue reconociéndola. Un día fijó sus ojos azulísimos en los ojos azulísimos de la otra. Eva se escondió y la otra también se escondió. Eva asomó con picardía por un lateral y la otra la imitó. Eva coqueteaba con el espejo. Le sonrió. La otra le devolvió la sonrisa. Desde entonces, y eso ocurrió hace un año en la escuela, Eva tuvo una nueva amiga. La nueva amiga de Eva se llamaba Eva.

Eva Lavandeira nació el 15 de enero de 1990. Se perdió en el monte Faro de Vimianzo el 19 de noviembre de 1995. Mientras era buscada con angustia, su otra Eva, la del espejo, reproducida en fotografías y en su vídeo casero, conmovía con su sonrisa a toda España. El final fue trágico. Eva apareció muerta el sábado día 25, apoyada la cara en la almohada de las manos, con el cuerpo en un lecho de hierba apozado de agua.

Según la convención médica, Eva era autista. La palabra *autismo* procede del griego y significa literalmente «uno mismo». El diccionario define el autismo de la siguiente forma: «Concentración habitual de la atención de una persona en su propia intimidad, con el consiguiente desinterés respecto del mundo exterior». Y añade: «Su intensidad excesiva es patológica, y se presenta con especial frecuencia en la esquizofrenia». Se dice que entre el autista y los demás hay un muro insalvable. Vive encerrado en su propia cabeza. La sonrisa de Eva, desde ese punto de vista, era un enigma.

En la parroquia de Calo, muy cerca de donde se funden el río Pequeno y el río Grande, hay una casa blanca con un

rosal y una palmera en el frente. Hacia atrás se extienden los prados y los campos de patatas y maíz. En este tiempo, las ramas secas del maíz están cuidadosamente amontonadas en almiarés cónicos que le dan al valle una vaga apariencia de campamento de *tipis* indios. Una orla de sauces, alisos y abedules enmarca los ríos.

La casa blanca fue construida por José Lavandeira con sus propias manos. Le llevó su tiempo. José emigró a Suiza a los diecisiete años y se hizo albañil. En la tierra de Soneira, que es como se llama esta comarca de la Costa da Morte, cada biografía responde al modelo de *self made man*. Dicho de otra forma, nadie le debe nada a nadie. La mayoría de los hombres han sido emigrantes, y muchos jóvenes continúan marchando a horadar túneles o construir hoteles en las montañas nevadas de Suiza. Las mujeres llevan la casa y el tractor, manejan la *singer* y la guadaña.

Cuando preguntas a los niños qué quieren ser de mayores, se les ilumina el rostro. De cada diez, ocho quieren ser palistas. Conductores de excavadora. Para hacer su casa, José venía en vacaciones desde Lausana. Un año, los cimientos. Otros, las columnas y las placas. Otro, el tejado... Cuando María, la mujer de José, quedó embarazada de Eva, decidieron que era la hora de volver. Tenían ya otra hija, Martiña. Eva nunca habló. Pero una vez fue capaz de crear una palabra y regalársela para siempre a su hermana mayor. Le llamaba *Titi*. Sólo en la casa blanca con palmera y rosal conocen el secreto de su sonrisa. Para ellos, Eva no era autista. Eva era Eva. Con los suyos, tenía mil maneras de saltar aquel muro insalvable que la separaba del mundo.

Le gustaban los animales, las herramientas, la salsa de tomate y los vestidos nuevos. Era capaz de tirarle al cerdo del rabo, de pasar por debajo de los caballos, de acariciar el morro de una vaca. Le daba de comer a las gallinas y cogía los huevos como un tesoro. En cuanto a las herramientas, podía pasarse horas y horas como si fueran el juguete más caro del mercado. Siempre volvía a dejarlas en su sitio. Y en

cuanto a la salsa de tomate, si no estaba en la mesa Eva fruncía el ceño. Se levantaba ella misma a la nevera y volvía con la salsa y la sonrisa. Esa sonrisa se ensanchaba cuando estrenaba un vestido o un calzado nuevo.

Al contrario de Martiña, Eva apenas se fijaba en la televisión. Sólo le llamaban la atención los programas musicales y los partidos de fútbol. Sí, los partidos de fútbol. Sentada en el regazo del padre, miraba hechizada, sin quitar ojo, la pugna de aquellos hombres que corrían tras una bola sobre el césped. Y es que lo que más hacía feliz a Eva, sobre todas las cosas, era correr libre sobre los campos verdes. Por eso su calzado preferido eran las botas azules. Ponerse las botas azules significaba salir al campo, subir al tractor del abuelo, corretear entre los animales. Había otra cosa que le apasionaba. Volar. Volar en las cadenas de los tiovivos. Y luego dormirse en el regazo. Luchaba todas las noches contra el sueño, como si fuera un enemigo, pero lo aceptaba como un ángel cuando sobrevenía en brazos de sus padres.

No hablaba pero tenía un oído finísimo que actuaba como un sexto sentido. Al caer la tarde, escuchaba antes que nadie la furgoneta de José. Y entonces corría para llevarle las zapatillas y que el padre aliviara los pies del pesado y húmedo calzado de un trabajador de la construcción que vuelve a casa. Y después ella hacía lo mismo, como un colega. Se quitaba las botas, ponía dentro los calcetines, y se acurrucaba en el sofá con el padre.

A Eva no le gustaban demasiado las caricias. Pero en los últimos tiempos, como cuando se hizo amiga de la Eva del espejo, se había producido un cambio total. Cuando José o María le daban un abrazo, se resistía a poner fin a ese momento. Pegaba su mejilla a la de ellos con la fuerza de quien vuelve o marcha a un largo viaje.

El monte Faro tiene la forma de un gigantesco saurio adormilado, con mil hectáreas de envergadura, cubiertas de arbolado y la maleza del tojo. En el alto lomo están los

reemisores de televisión y telefonía. Una estrella roja en la noche, cuando las siete aldeas del valle de Soneira se encienden como candelabros. Hay días en que el monte Faro asusta. Cuando hay tormenta, atraviesa todo la brava y ronca radiofonía del mar de Fóra. Cuando hay bonanza, las flores del tojo le dan un brillo especial, como si estuviera pintado en pan de oro.

El domingo día 19 era un día tranquilo y el monte Faro no metía miedo. Eva no se puso las botas azules pero sí unos zapatones de niña. Estaba contenta. El ronroneo de la furgoneta significaba viaje. Su madre estaba en la Residencia hospitalaria de Coruña, a setenta kilómetros, de visita a un familiar. José pensó que era un buen día para ver la yeguada que se criaba en la libertad del monte. No era aconsejable, sería arriesgado, meterse con la niña por roquedos y maleza espinosa. José hizo lo que debía hacer. Pero cuando volvió, a los pocos minutos, Eva no estaba. Buscó con ansia, convencido de que la encontraría. Pero, a medida que caían las sombras, el monte se encerró en sí mismo, como un laberinto. Fue entonces cuando se vio impotente y dio la voz de alarma. Las aldeas de Soneira se echaron al monte.

El Faro esconde un universo, incluso visto desde helicóptero. Sólo con los nombres de los lugares, con la toponimia, podría escribirse un hermoso y misterioso romance. Pedra dos Lobos, Cruz do Chorón, Chan de Badosa, Pedra da Bocaleira, Catasol, A Vela, Fontefría. Rocas fantásticas esculpidas por el viento, sendas y caminos hundidos, riachuelos ocultos, cuevas, colmenares enlosados como monumentos megalíticos, minas abandonadas. Y el lobo, mitad verdad, mitad leyenda. Nunca atacó al ser humano. En otro monte de la comarca, en el de Tines, sí. Un día de marzo de 1957 se llevó a un niño. A Manoliño Suárez. Había sido un invierno durísimo. Manolo vive para contarlo. Conserva unas cicatrices rosadas en la espalda. El lobo sólo